

De tropiezos y retornos

Blas Matamoro

El tiempo, porque se lo supone eterno, prescinde de divisiones y clases. Los seres humanos, porque somos efímeros, pasamos por él, nos preocupamos por pasar el tiempo, por acotarlo, encuadrarlo, fijarle relevos y metas, comienzos y finales. Al tiempo nada le importa que un siglo y un milenio terminen y otros empiecen. A nosotros sí, porque damos por terminado un capítulo indeseable de nuestra memoria y podemos creer que otro mejor comienza. Para muchos de los actuales habitantes de este planeta, el siglo XX será, inevitablemente, *nuestro* siglo. El adjetivo es impropio, pues nuestro también será el siguiente. Pero así como se dice, con absurda y entusiasta decisión, «en mis tiempos» o «Dios mío», se enuncia aquella exagerada definición de propiedad.

¿Nuestro porque nos hemos apropiado de él o al revés, porque somos su patrimonio ineluctable? ¿Nuestro porque nos identificamos con su legado de sucesos o porque ya son pasado, ya no nos inquietan con las incertidumbres que proponían cuando eran presente? ¿Nuestro porque no tendremos otro, porque el siguiente será el siglo de los otros? Tal vez sean estas oscilaciones de la perplejidad las que definan la historia del siglo XX, o una de las tantas historias que autorizan a contar sus eventos, sus días, sus noches, sus horas, ya para siempre enumeradas por el archivo del tiempo histórico.

Quizá, por su premura y abigarramiento, ningún siglo propuso tantas alternativas aparentes y desmentidas por su propio desarrollo. Yendo a lo más dramático y desazonante, porque ha sido el siglo que registró las mayores catástrofes debidas a la conducta de los hombres. Las mayores matanzas, las mayores destrucciones de objetos, ciudades, países, conjuntos de sociedades, imperios. A la vez, apuntó los más altos índices de desarrollo y la más profunda transformación de la sociedad humana, la que se puede encerrar entre dos fechas: de 1945 a 1975.

El siglo de Verdún, Hiroshima y Nagasaki, Auschwitz y Vietnam es, al mismo tiempo, el de mayor arraigo de la vida humana en la tierra. La población del mundo es tres veces mayor que la de 1914, cuando empezó la primera guerra mundial. En términos promedio, somos más altos, más

gruesos y más longevos que nuestros abuelos, los que hicieron aquella guerra. Por primera vez en la historia, la mayoría de la humanidad es alfabeta. Sin embargo, seguimos sumando tortura, genocidio, asesinatos masivos. Los condenamos y nos condenamos con ellos, pero continuamos cumpliéndolos. Nos ocultamos para cometerlos, evitamos documentarlos, elaboramos declaraciones puntuales de los derechos humanos. Muy raramente se asiste a un suplicio público, como los que se presenciaban todavía a principios de siglo. ¿Somos moralmente mejores porque hemos ensanchado nuestra mala consciencia, o moralmente peores, porque nos escondemos para alimentarla con nuestros actos? O simple y trágicamente: ¿volvemos a constatar que el mal es irreductible, que su proporción dentro de la vida histórica no varía con los siglos? Más modestamente, diría que el hombre, en el siglo XX, aparte de todo lo que ha incorporado al saber objetivo de la humanidad, si ha aprendido algo es a desconfiar de sus propias virtudes.

Desde, al menos, la paz de Westfalia (1648) consideramos que la guerra es una anomalía y la paz, un espejo de normalidad. Montañas de tratados diplomáticos y sabios volúmenes de derecho internacional público, no obstante, han acompañado una sangrienta constancia de guerras. Para rematar la serie, hemos librado en el siglo que acaba, las mayores de la historia. De hecho, el mundo entero estuvo en guerra desde 1914 hasta 1945, armisticios mediante y endebles. En Verdún y en 1916, dos millones de soldados pelearon para dejar un millón de cadáveres. Una generación de europeos quedó diezmada y mutilada por el conflicto, de un lado y del otro. Los franceses, en el bando vencedor, registraron que cada tres de sus soldados, dos murieron o quedaron inválidos. Pareciera que una civilización se hubiese dedicado, con sus mejores instrumentos técnicos, durante cuatro años, a destruir a sus propias juventudes.

Pero hubo algo más, decididamente alocado, en esa guerra que empezó siendo europea, pasó a grande y acabó en mundial: sus objetivos, al revés que en las guerras de toda la vida (y toda la muerte) fueron ilimitados, de modo que se armó una guerra de extenuación, una apuesta para ver quién perece primero.

Y, por si fuera poco, la segunda guerra mundial mejoró las atrocidades de la precedente. No se sabe a ciencia cierta cuántas vidas costó, pero, al menos tres veces más que la primera. Ciertos países, como la Unión Soviética, Polonia y Yugoslavia, llegaron a perder un quinto de sus poblaciones. Toda una sociedad participó en la guerra, no tan sólo los ejércitos. Por eso fueron guerras mundiales, guerras de todo el mundo humano en guerra.

De los hechos, de los ciegos eventos sin meta ni final, se pasó a la guerra como categoría del cambio histórico. Guerras de liberación, guerras de

redención, guerras de purificación, guerras revolucionarias plantearon al tiempo un hito de renovación a partir de la pureza que rodea a todas las fundaciones. El Che Guevara intentó vanamente convencer a los responsables de la política exterior soviética y china para que formaran un gigantesco Armagedón revolucionario y acabar así con el capitalismo. Mao Zedong confió a Palmiro Togliatti que veía con esperanza una guerra nuclear, que seguramente borraría del mapa a la mayoría de la especie, italianos incluidos, porque liquidaría al sistema capitalista y, finalmente, con uno buenos trescientos millones de chinos bastaba para asegurar la vida de la humanidad.

En ambas guerras fue decisiva la intervención americana. No sólo inclinaron los Estados Unidos la balanza bélica, sino que acaudillaron a los vencedores sin daño ninguno en su propio territorio y, mientras la economía europea era destruida, la guerra se convertía en un excelente negocio para el *Big Brother*, erigido en primer acreedor mundial.

El ombligo del mundo, situado durante siglos en esta ilustre península del Asia Occidental llamada Europa, había cambiado de lugar. Europa o, por mejor decir, el europeísmo, estaba destronado. Poderes políticos, militares, diplomáticos, económicos, técnicos y espirituales pasaban bruscamente de mano. El ocaso del poderoso continente pareció tener hasta una formulación demográfica. En efecto, si en 1750 los europeos sumaban un quinto de la población mundial, en 1900 ya eran un tercio pero en 1990, apenas un 15%, mientras uno de cada cinco seres humanos es chino. Hoy, prácticamente, han desaparecido las colonias, aunque al acabar la primera guerra mundial, un tercio de la humanidad estaba aún colonizada por países de Europa.

Pero ¿fue real el eurocentrismo o resulta una ilusión de la perspectiva histórica? Evidentemente, si Europa es una red de museos y bibliotecas, archivos y vitrinas con medallas, yacimientos arqueológicos y catedrales, sistemas de ideas, derecho romano y urbanismo clásico, nadie dudará de su existencia unitaria. Pero, sin embargo, el núcleo de los conflictos más destructivos de la historia fue, precisamente, lo incompatible de las grandes potencias europeas, la ausencia efectiva de una Europa armonizada y unida. Por paradoja, fue la derrota fáctica de los países europeos, fueran vencedores o vencidos, la que echó las bases para el actual proceso de integración continental. Cuando Europa perdió sus colonias y debió reconstruirse gracias a las ayudas Marshall, cuando estuvo policialmente controlada por la OTAN y el Pacto de Varsovia, pudo imaginar sus mecanismos de unificación, no a partir de ambiciosos planes épicos de señorío ni ideas con respuestas a todos los interrogantes humanos, sino con cálculos indus-

triales y mercantiles, quizá poco lucidos en lo intelectual, pero pacíficos, laboriosos y, finalmente, convivenciales.

Este siglo quizá nuestro es, desde luego, el siglo de las grandes integraciones regionales y una abstracta y deseable, aunque todavía inoperante, comunidad internacional planetaria. Después del armisticio que no paz, de Versalles, se fundó la Sociedad o Liga de las Naciones y se firmó la Convención de Ginebra (1925) sobre derecho de guerra. Pero los Estados Unidos no estaban en aquella Sociedad, que poco y nada pudo hacer ante los atropellos de Manchuria, Etiopía y España, antes de la nueva catástrofe. Las Naciones Unidas, se supone, son hoy gendarmes de la legalidad internacional, pero carecen de tropas que la impongan. El derecho que rige la vida de los Estados sigue siendo primitivo y bárbaro, como quieren Kelsen y Verdross. Hubo una policía mundial durante la guerra fría, la paz atómica, el terror nuclear y la entente EEUU-URSS. Ahora contamos con un solo destacamento policial internacional, que funciona según los intereses de la potencia habilitada. Sólo si existen alianzas regionales como la OTAN, se puede arbitrar alguna intervención más o menos niveladora. Pero somos animales de lenguaje, animales locuaces y elocuentes. Debemos repetirnos hasta la saciedad que la comunidad internacional existe y que acabará de construirse para sofocar las obstinadas brasas que dan lugar a los grandes incendios.

Lo anterior no se basa solamente en un llamado *futurable* y en una generosa concepción del derecho, sino en la internacionalización efectiva de la vida actual. Empresas transnacionales, comunicaciones planetarias al minuto, armas de alcance mundial, migraciones y turismo en proporciones antes desconocidas, marcan algunas de las modificaciones radicales que el siglo XX ha traído e impuesto a la humanidad. La más decisiva es la urbanización del planeta. Por primera vez en la historia, la mitad de los seres humanos vivimos en ciudades, es decir que según Fernand Braudel, existimos en la historia, porque la historia es exclusivamente urbana. Megápolis como México, Nueva York o Tokio tienen el tamaño de un país bien poblado de principios de siglo. En ciertas regiones del mundo el campesinado ha desaparecido en la práctica, porque quienes se dedican a tareas agrícolas viven en núcleos urbanos, con lo que ello significa en cuanto a información (mejor o peor procesada) sobre la vida del resto del mundo, participación (mejor o peor resuelta) en la existencia de grandes contingentes humanos, vida secularizada y tecnificada.

Si se mira en otra perspectiva, en cuanto a la estructura de la sociedad, los dos fines de siglo exhiben enfáticas diversidades. La clase obrera industrial ha disminuido su presencia proporcional a favor del sector servicios

con una situación de clase de difícil definición. Las mujeres, ausentes de la vida productiva, científica y política, hoy integran todos los cuadros de la gestión social. La definición misma de sociedad ha mutado. Cuando el siglo era joven contábamos con sociedades de clases, no sólo porque se sabía a qué tramo de la producción pertenecía cada sujeto, sino porque la división por clases afectaba a los lugares de residencia, las costumbres, los valores, las diversiones y hasta la vestimenta de los individuos. La pertenencia a una clase se heredaba y era un rasgo de identidad de especial fortaleza. Hoy, en cambio, nuestras sociedades tienden a la masificación, los puestos de trabajo son inestables, hay mayor movilidad vertical y se comparte una difusa cultura a cargo de los medios masivos de comunicación. Desde luego, sigue habiendo clases altas y bajas en cuanto a niveles de ingresos y de consumos, pero con una repercusión mucho más débil en el imaginario de los sujetos. Los movimientos sociales y los partidos políticos guardan una lábil identificación con las clásicas divisiones sociales y propenden a ser interclasistas o difuminarse en una suerte de vasta e inafeerable clase media en la que nadie quiere quedarse arrinconado en ningún extremo.

Tampoco hay minorías raciales o sexuales que deban exaltar u ocultar sus diferencias, para defenderse de la exclusión o disimular un rasgo de minusvalía social. Si se dan, como vemos a diario, persecuciones étnicas o grupales de distinta especie, provocan el escándalo, al menos verbal, desde una perspectiva humanista e igualitaria.

Lo que de nuevo trae a nuestras sociedades el siglo que acaba es lo que los sociólogos han dado en llamar *subclase*, constituida por una fluctuante cantidad de sujetos, a veces hasta un tercio de la población, que no encuentran en qué trabajar y quedan fuera de las redes de protección social. No son el clásico *lumpen*, que espera a las puertas de las fábricas ser tomado como obrero y pasar a la clase proletaria, sino aquellos que no intentan formar parte de ninguna clase y, en consecuencia, guardan respecto de la sociedad una distancia infranqueable. La sociedad, por su parte, apenas les señala los barrios marginales o los destina a la cárcel. Y así se ha institucionalizado una marginalidad absoluta, una parte del conjunto humano que, aunque parezca paradójico, no forma parte de la sociedad. Una suerte de humanidad asocial, si se prefiere. En la ciudad pero fuera de la historia, o con una historia paralela y desconectada de la historia general, en contra de la tendencia a la integración que parece triunfar en nuestros días.

Estos contactos entre unos extremos incompatibles podrían ser también signos típicos del siglo en examen. Un proceso vertiginoso de integración ha puesto en contacto a civilizaciones muy dispares y las ha obligado a

compartir un tiempo histórico que en realidad no es común a ellas. Se han producido así clamorosos anacronismos. La primera guerra mundial fue librada entre unas aristocracias militares que respondían a normas estamentales propias de la Edad Media y manejaban ingenios bélicos actuales. Hitler intentó reconstruir una ancestral tribu germánica a la vez que mandaba investigar el agua pesada para elaborar una bomba atómica. En 1949 obtuvo su independencia nacional la India, lugar de antiquísima civilización, espacio compartido por tres religiones incompatibles (hinduismo, islam y budismo), sin apenas noción de Estado nacional, gobernada por una minoría de cultura anglosajona que intentaba dirigir a cientos de millones de supuestos ciudadanos, nueve de cada diez de ellos, analfabetos.

Siglo de guerras gigantescas, triunfo del Tánatos, pero también siglo de expansión económica inusitada y arraigo de la vida en el planeta, triunfo del Eros. Nunca la economía del mundo mostró semejante capacidad para rehacerse tras experiencias traumáticas como la Gran Depresión de 1929 y las destrucciones emergentes de las dos guerras mundiales, sin contar ondas económicas de expansión y contracción recurrentes y el impacto de los precios del petróleo en 1969 y 1973. De igual forma, gracias a los avances de la ingeniería genética, se han deshecho las previsiones de Malthus y la producción de alimentos ha crecido más velozmente que la población.

El siglo pareció, al menos en dos momentos cruciales, convertirse en el escenario del gran experimento de cambio histórico acuñado en el siglo XVIII y sostenido en el XIX: la revolución. Uso la palabra en sentido amplio, incluyendo tanto la noción libertaria (el corte tajante del tiempo histórico y el recomienzo desde el grado cero de la historia) o marxista (la maduración del tiempo histórico que vuelve incompatible el modo de producción con las relaciones de producción y exige cambiar de clase dirigente).

El mayor estímulo para la revolución fue la certeza, luego invalidada por los hechos, de que el sistema económico capitalista agonizaba en corto plazo y debía ser sustituido por un sistema socialista, basado en una ideología internacionalista (comunismo) o nacionalista (fascismo). El capitalismo, si se entiende por tal la economía basada en la extracción de plusvalía y la formación de capitales (medios de producción) que se acumulan y se reproducen por el principio de ganancia óptima, no parece agonizar, aunque su capacidad de transformación hace que *capitalismo* se haya vuelto un término de tal amplitud que raya en la abstracción.

Durante un tiempo, fascismo y comunismo se plantearon como alternativas a ese anchísimo sistema llamado capitalista. La experiencia de ambas propuestas mostró que dicha alternancia era aparente. Aunque desprovisto de un mercado competitivo y de propiedad privada individual, el comunis-

mo funcionó como un mecanismo capitalista de acumulación originaria de capital en un país atrasado como Rusia, extrayendo plusvalía del trabajo asalariado y reservando la propiedad privada de los medios de producción a una burocracia estatal colectivista.

Por debajo de estas conmociones que acabaron con la integración de los países comunistas en la economía del mercado mundial, lo que se fue dando fue un proceso social de recambio en la dirigencia. Las antiguas clases dirigentes –burguesía y funcionariado– fueron sustituidas en la efectiva gestión de las empresas por una clase de técnicos y gestores que provocaron esa «revolución sorda» más o menos descrita por Burnham, Rizzi, Toffler y otros autores, en las huellas de Max Weber, quien observó la creciente racionalización de la vida económica bajo el moderno capitalismo industrial como un aumento de la gestión burocrática de la vida.

El auge de los fascismos en los años veinte y treinta anuncia el rumbo de este proceso. En efecto, el fascismo, que proclama una revolución basada en el paradójico principio restaurador de la jerarquía, propone la disociación entre clase social y política. No sólo porque niega la lucha de clases sino porque su base de apoyo es una masa indiferenciada, a partir de los desclasados y desocupados, el proletariado más pobre y las clases medias atemorizadas tanto por el poder de los monopolios como por la amenaza del bolchevismo. Exteriormente, el fascismo estetiza la política, en tanto en lo interno organiza una nueva burocracia que se produce con un discurso místico referido a la nación elegida por la historia, cuyo destino es la dominación imperial de los pueblos inferiores. La expansión de los fascismos y su crisis en la segunda guerra mundial pueden ser leídas como otro episodio del anacronismo en nuestro siglo.

El final de la centuria apunta a una difusión incontestada de la democracia liberal y parlamentaria, pero no es una finalidad supuesta de los tiempos. La democracia me resulta deseable, pero no pierdo de vista su azaroso rumbo en la centuria. Entre 1917 y 1945, por ejemplo, tendió a desaparecer del mapa como una antigualla decimonónica, sustituida por las ideas de dictadura, corporativismo y comunismo, según los casos. En 1918 la mayor parte de Europa y la totalidad de China estaban dominadas por procesos revolucionarios de diverso signo. Todos atacaban a la democracia por su inoperancia y su falta de reflejos ante el fenómeno de la guerra. La experiencia posterior demostraría lo contrario: un Estado democrático está mejor organizado para movilizarse en caso de guerra, según razonaría alguien tan poco democrático como Ernst Jünger.

Los naipes de las ideologías fueron duramente mezclados y confundidos por la historia. Nazis y comunistas se aliaron en 1940 antes de enfrentarse

en la segunda guerra mundial. El comunismo, en contra de la previsión de Marx, se impuso allí donde el capitalismo era más débil y no donde estaba más desarrollado. Ese comunismo, que heredaba las tradiciones de la Ilustración, se convirtió en una Iglesia universal, portadora de la Buena Nueva de la historia: el destino quería que el mundo se comunizara. Su internacionalismo cayó de bruces ante la convicción de que el socialismo tenía una patria, la antigua Rusia, la tercera Roma.

Un proceso de industrialización forzada y vertiginosa, hizo del imperio ruso, la Unión Soviética. Pero, salvo la armamentística, quedó destruida en 1945 y se derrumbó al ingresar la URSS en el mercado mundial, en los años ochenta. Ciertamente, los soviéticos habían evitado la depresión y el paro, mas no pudieron competir con la economía desarrollada de Occidente.

La idea de revolución tuvo sus retornos, con el auge de las guerrillas tercermundistas y la revolución estudiantil de 1968. Hoy apenas queda algún gobierno formado a partir de un ejército guerrillero y, en cuanto al llamado Poder Joven, se vio que no representaba a ningún sector de la sociedad, carecía de continuidad política y no podía, en consecuencia, protagonizar ninguna revolución a pesar de sus consignas libertarias y sus gestos evocadores (manifestaciones, mítines, barricadas). De las revoluciones subsiste su versión institucional: el arte de las vanguardias, asumido por la industria cultural, que ha transformado el asombro en moda.

Un par de escenas con un protagonista común tal vez ilustre mejor que ningún razonamiento el destino de las revoluciones clásicas en el siglo XX. En la primavera de 1925, Antonio Gramsci mantiene su primer debate parlamentario. Será el único. Su contendiente también lo es: Benito Mussolini. Ambos admiran a Lenin y a Sorel. Ambos han sido socialistas. Más aún: Gramsci ingresó en el PS a través de una organización llamada *Fascio*. Mussolini intenta persuadir a Gramsci de que los comunistas hacen en Rusia lo mismo que los fascistas en Italia: una revolución que permita acceder al gobierno a una nueva clase dirigente. Lo escucha con atención y, según la leyenda, lo va a felicitar al bar del Parlamento. No falta quien piense en una oferta: Gramsci, secretario de Estado en un gabinete fascista donde lucen otros intelectuales de fuste: Gentile, Rocco, Bottai.

Desde luego, no fue así. Gramsci acabó preso, enfermo y largamente agonizante, escribiendo entre rejas sus mejores páginas. De aquel debate queda su vocabulario decimonónico: lucha de clases, vanguardia, minoría energética. Queda el choque de los dos socialismos revolucionarios del siglo XX.

En la primavera de 1945, un pelotón de partisanos está por fusilar a Mussolini. Uno de ellos lo interroga duramente: «¿Por qué traicionaste al socialismo?» El antiguo Duce contesta con la misma dureza: «Nunca lo traicio-

né. Hice la guerra junto a Hitler para derrotar a la plutocracia financiera y abolir el dinero».

Con un tesoro de hallazgos científicos y hecatombes bélicas, el siglo XX ofrece a uno de sus más altos pensadores, Walter Benjamin, una vasta ilustración de su definición del progreso: un avance hacia el futuro que deja un montón de ruinas. Habrá progreso mientras haya futuro y siempre que no confundamos, según ocurre a menudo en nuestros días, progreso y desarrollo. Ya en 1912, cuando el hundimiento del *Titanic*, Joseph Conrad, escritor y navegante, alertaba sobre tal peligro. En cierto punto de la deriva, hay que alterar el curso de la navegación para que el desarrollo sea progreso. Es cuando el crecimiento alcanza intimidad moral. Los muertos del *Titanic* carecían de botes salvavidas. La proeza técnica carecía de escrúpulos morales. Concluye Conrad, adelantándose a las averiguaciones actuales sobre aquel accidente, que no se puede construir un trasatlántico de cincuenta mil toneladas con el metal de una caja de galletas.

Somos capaces de llegar a Júpiter y planear una colonia humana en la Luna. En tanto, nuestra vieja Tierra se ha llenado de armas, espacios contaminados, ecosistemas en peligro. A la crueldad de la guerra cuerpo a cuerpo la hemos sustituido por otra crueldad, muy tecnificada, distanciada, impersonal, apenas sensible. Lo mismo nos está ocurriendo con la convivencia y el tiempo. En el extremo de la disgregación posmoderna, la baronesa Thatcher sostiene, olímpica, que no hay sociedad, que sólo hay individuos. Lo mismo nos puede suceder con el tiempo histórico. Cierta nihilismo a la moda nos propone prescindir del pasado y vivir en el éxtasis del presente, esa burbuja desmemoriada del tiempo que tampoco se preocupa por lo que vendrá. El futuro fue privilegiado por las revoluciones y las vanguardias. Sin ellas, pareciera que ha desaparecido. Sin pasado ni porvenir, tal vez hayamos llegado al fin de los tiempos, ese episodio final de la historia que inquietaba a Valéry y ahora revisa Starobinski. Desde luego, los eventos temporales subsisten. Seguimos naciendo, creciendo, envejeciendo y muriendo como siempre. Pero si esos eventos son eso, pura eventualidad, dejan de simbolizar y no constituyen una historia. Y esa ausencia de lo histórico es la que desmoraliza el desarrollo y lo convierte en una serie circular de cantidades abstractas. El conocimiento alcanzado no se transmuta en cultura y es como si fuera un tesoro de saberes sin dueño, saber de nadie. En la pródiga acumulación de cosas que hemos conseguido puede estar agazapada su paradójica aniquilación. Lo mejor que nos puede ofrecer el siglo que termina es su memoria, es decir la posibilidad de contarlo y recontarlo, de incorporarlo a nuestra historia. De otra forma, unos actores amnésicos representarían en un tinglado de farsa las antiguas y sangrientas tragedias.

